

tarea han descollado los maestros Teodorico de Chartres con su *De sex dierum operibus* —destinatario de la dedicatoria de la *Cosmographia* de Bernardo— y el célebre Guillermo de Conches, autor de las conocidas *Glossae in Timaeum*.

Acabada hacia los años 1147 y 1148, la *Cosmographia* o *De mundi universitate libri duo sive Megacosmos et microcosmos* de Bernardo Silvestre se halla muy próxima a los criterios teoréticos y aun estéticos que predominaban en la escuela de Chartres durante la primera mitad del siglo XII. Continuando la tradición exegética previa, Bernardo también procura una síntesis del mensaje platónico estampado en el *Timeo* y de la narración bíblica del origen y del orden de las creaturas tal como figuran en el Génesis. Dentro de esta singular cosmogonía que acaparaba los intereses de esa escuela, Bernardo ha hecho hincapié en tres asuntos oportunamente remarcados por Taute: el significado de la *natura* (pp. 332-341), la *exornatio mundi* (pp. 343-359) y la aparición del hombre (359-390). El *Timeo*, traducido al latín por Calcidio, juega un papel relevante en esta cosmogonía bernardiana (pp. 391-399). De inmediato, Taute se aboca a describir lo que llama «los protagonistas» de la *Cosmographia*: la propia naturaleza (pp. 399-406); las «diosas» *Urania* y *Physis* (pp. 406-416); la materia, que adquiere las denominaciones de *Hyle* y *Silva* (pp. 417-422); la divinidad separada que crea y preside el universo, el *Deus Exsuperantis-simus* (pp. 422-424); la *Endelichia*, virtualmente asimilada al *anima mundi* (pp. 425-427); los *Genii* —los genios astrales y planetarios, los ángeles y los genios del aire y del éter, el genio del paradisíaco *Gramision* y el genio del cuerpo humano— (pp. 427-435); y, por fin, el *Homo microcosmos* (pp. 435-441). Ahora bien, en medio de esta construcción bernardiana, donde abundan las alegorías en un grado que se presenta desmesurado, mas no ciertamente infrecuente en cierto tipo de literatura medieval, aparte de una dosis indiscutible de imaginación y la intención evidente de acomodarla a la revelación bíblica, se plantea la cuestión de cómo juzgar la filiación doctrinal de la *Cosmographia*. Taute se pregunta si estamos frente a una posición compatible con las exigencias de la fe cristiana o, a la inversa, si Bernardo no ha cedido demasiado ante la pintura cautivante de un universo que el paganismo estaba muy lejos de poder ofrecer con un mínimo de verosimilitud. El método empleado por el teólogo medieval, subsidiario de una antigua tradición hermenéutica de cuño pagano, se alza como un problema de difícil resolución: «Silvestre lo alegoriza todo, no sólo Dios y el Alma del Mundo, sino las fuerzas físicas, la materia y los cuerpos primarios» (p. 442). Sin embargo, el autor entiende que no hay inconvenientes para descubrir en aquella obra una tentativa un ensayo «de un cristianismo humanista que considera la creación desde su dimensión intramundana a través de una alegorización de las realidades materiales» (p. 444), aunque con ello no se pueda ocultar el hecho evidente de que Bernardo ha echado mano a un sincretismo que no esconde el recurso amplio a expedientes retóricos teñidos de una artificiosidad al extremo exagerada. El redescubrimiento de la física de Aristóteles en el siglo posterior terminó asestando un golpe de gracia a esta clase de elucubraciones cosmogónicas que, no obstante, continúan atrayendo la atención deferente de los medievalistas.

Mario Enrique Sacchi

C. C. W. TAYLOR (EDITOR), *Oxford Studies in Ancient Philosophy*. Volumen XIII (1994). Clarendon Press. Oxford 1994. 280 páginas. ISBN 0-19-823527-5.

El primer estudio incluido en este volumen es debido a J. H. Lesher, profesor de la Universidad de Maryland («The Emergence of Philosophical Interest in Cognition», pp. 1-

34), quien subraya los momentos más destacables en la exaltación griega del conocimiento ya desde la formación inicial el pensamiento presocrático. A continuación, Patricia Clarke, profesora de la Universidad de Aberdeen («The Interweaving of the Forms with One Another: *Sophist* 259e», pp. 35-62) se ocupa de mostrar los motivos por los cuales Platón ha propuesto que nuestros λόγοι derivan de una suerte de combinación de las formas inteligibles que la autora denomina *interweaving* (=entretrejado). Por su parte, Daniel T. Devereux, profesor de la Universidad de Virginia («Separation and Immanence in Plato's Theory of Forms», pp. 63-90), aborda la debatida cuestión del modo de existencia de las ideas en la filosofía académica y, más concretamente, en los diálogos platónicos. Según el autor, Platón habría adoptado una posición sistemática y definitiva a partir de la redacción del *Fedón* (p. 64). Pero hay razones para disentir con Devereux al afirmar que la doctrina de Aristóteles estaría resentida por su aceptación de la insubsistencia de entidades particulares corruptibles cuando, al mismo tiempo, ha rechazado la subsistencia separada de los universales del platonismo (p. 89). Son dos problemas distintos, pues la negación aristotélica de la subsistencia separada de las ideas no transgrede la evidencia de que las cosas corruptibles puedan reducirse a un cierto no ser en razón de la defectibilidad introducida por la presencia de un principio material en sus entidades. Paul Thom, profesor de la Universidad Nacional de Australia («Interpreting Aristotle's Contingency-Syllogistic», pp. 91-109), estudia los argumentos de contingencia (cfr. *Analyt. priora* A 14-22) retomando una sugerencia ya antepuesta en la antigüedad por Alejandro de Afrodisias. A renglón seguido, Roger Crisp, profesor de la Universidad de Oxford («Aristotle's Inclusivism», pp. 111-136), somete a revisión la discusión contemporánea de un asunto ampliamente agitado entre los estudiosos de lengua inglesa: si la visión de Aristóteles sobre la felicidad «es dominante o inclusiva». En el artículo «Aristocles on Timon on Pyrrho: The Text, its Logic, and its Credibility» (pp. 137-180), Richard Bett, de la Universidad John Hopkins, propone una interpretación que retrotrae los orígenes del escepticismo griego a fuentes anteriores a Pirrón. Kimon Lycos, profesor de la Universidad de Melbourne («Olympiodorus on Pleasure and the Good in Plato's *Gorgias*», pp. 183-205), ofrece una reseña del modo peculiar en que el filósofo neoplatónico Olimpiodoro el Joven (siglo VI), según la edición de sus *In Platonis Gorgiam commentaria* preparada por L. G. Westernik (Leipzig 1970), ha entendido el célebre pasaje del diálogo de Platón donde Sócrates recusa la identidad del placer y del bien (495b-497e). Años atrás, L. A. Kosman ha publicado un artículo («Substance, Being, and *Energia*»: *Oxford Studies in Ancient Philosophy* II [1984] 121-149) en el cual se explayaba sobre la distinción aristotélica entre el cambio y la actividad, pero ahora Robert Heinaman, del University College de Londres («Kosman on Activity and Change», pp. 207-218), responde a los puntos de vista de aquél con un argumento que nos parece claramente perceptible en la física del Estagirita: el acceso al fin del movimiento de no destruye la potencia intrínseca de las cosas móviles, ya que, de lo contrario, el movimiento culminaría en un acto puro que en absoluto puede ser el *terminus ad quem* de algo sujeto a cualquier clase de devenir. Luego Mary Margaret McCabe, del King's College de Londres («Form, Forms and Reform», pp. 219-226), incluye una recensión del volumen *The Cambridge Companion to Plato* editado por Richard Kraut (Cambridge 1992). Charles M. Young, de la Claremont Graduate School («Plato and Computer Dating», pp. 227-250), y Daniel H. Frank, profesor de la Universidad de Kentucky («Philosophy and Prophecy», pp. 151-258), clausuran este tomo con sendas disputas en torno de tres ensayos recientes dedicados al pensamiento de Platón y del filósofo árabe Alfarabi.